

“Salud, hijo feliz de la victoria,  
pocas veces me ha visto allá, a su lado,  
puede, sin grande esfuerzo hacer memo-  
ria  
y darme aquí un mentís, si os he adula-  
do”

(Juan de Dios PEZA)

AL GENERAL ALVARO OBREGON, CON TODO MI RESPETO.

También para tí hay notas en mi lira,  
también vengo a decirte que me inspira  
tu amor hacia tu Patria y tu virtud:  
tú vas en pos de la dichosa calma  
y yo, llevando destrozada el alma  
a paso acelerado al ataúd.

Yo no voy a decirte en triste acento  
sino la realidad, lo que yo siento,  
que en la verdad mi canto se inspiró,  
pues nunca acostumbró tu ignoto amigo  
el dar a la lisonja ~~torpe~~ abrigo  
cuando la lira entre sus manos vió.

Si llegas a juzgarme útil en algo,  
si todo cuanto soy, (yo nada valgo)  
creés que te pueda en algún día servir,  
acuérdate de mí que a complacerte  
dispuesto me hallarás, sea mi suerte  
el conservar tu aprecio hasta el morir.

Y te sabré cumplir, Jefe y Amigo,  
cuanto en mi pobre acento aquí te digo  
en alas de una pobre inspiración,  
que no ha de aparecer ya tan sombría  
la tristeza que inunda el alma mía,  
la herida de un marchito corazón.

Recuerdo haber negado que existiera  
la virtud y el honor por dondequiera,  
pues dondequiera mi cantar se oyó:  
Ah, cuan contrario es mi pensar ahora,  
el honor sin igual tu alma atesora  
y otros mil dones que el Creador te dió!

Dentro del alma tu ideal venero  
por ser espiritual, por ser sincero,  
que del deber la senda nos trazó:  
en amar a tu Patria tú destellas  
como en los cielos brillan las estrellas  
que Omnipotente Mano colocó.

.....  
.....

Mis palabras resultan muy esquivas  
y no encuentro en mi ser la inspiración,  
para decirte en notas expresivas  
lo que siente hacia tí mi corazón.

Navojoa Noviembre 30 de 1918

*Juan de Dios Esquer*

Secretario del Ayuntamiento

347

2

Estación Navojoa, Octubre 16 de 1918.

Sr. General

Alvaro Obregón.

Nogales, Son.

Mi General:-

De antemano ruego a Ud. respetuosamente se sirva perdonarme si le ocasiono alguna molestia.

Soy uno de los cuarenta y cinco soldados "Voluntarios de Alamos" que asistieron a la defensa de aquella Plaza el día 12 de Mayo de 1915, en cuyo combate resulté con dos heridas que me han dejado baldado e impedido por lo tanto de trabajar en mi oficio de carrocerero, teniendo que dedicarme a otra clase de trabajos, siendo actualmente Secretario del H. Ayuntamiento de esta Municipalidad.

En su Libro " OCHO MIL KILOMETROS EN CAMPAÑA " he visto que cita Ud, mi humilde nombre al hablar de la defensa de Alamos, y sinceramente agradezco a Ud. la distinción con que me honra.

Salvando la mejor opinión de Usted, la que respetaré siempre, he de merecerle, mi General, firmarme el certificado adjunto, no con el objeto de ocurrir a las autoridades en solicitud de auxilio, pues todavía puedo trabajar, sino porque quiero tener la satisfacción de conservar entre mis recuerdos un autógrafa de Usted.

Soy padre de numerosa familia y pobre en extremo. Hace poco se me murieron dos hijos y esto me tiene en extremo atrasado. Ruego a Ud. que si le es posible, me preste el auxilio que a bien tenga.

Me es muy satisfactorio, mi General, aprovechar esta oportunidad para protestar a Ud. las seguridades de mi subordinación y profundo respeto.

Atentamente,

*Gumesindo Esquer*

Dirección:

Señor Gumesindo Esquer,  
Al cuidado del Presidente Municipal,  
Estación Navojoa. Son.

18 de noviembre de 1918.

Sr. GUILLERMO ESQUER.  
N a v o j o a. - Son.  
a/c Presidente Municipal.

Muy señor mío y amigo:-

Doy contestación a su atenta carta del día 16 de octubre último, de cuyo contenido me enteré a mi regreso de San Francisco, Cal., manifestándole que con mucho gusto le acompaño el certificado que me pide.

No pudiendo ayudarlo en una forma más eficaz, le prometo apoyar cualquier solicitud que Ud. elevara al Supremo Gobierno para que le otorguen pensión como inválido.

Desearo de que conserve mi libro "Ocho Mil Kilómetros en Campaña", que publiqué el año pasado, tengo el gusto de remitirle por este mismo correo un ejemplar, que le suplico acepte con la estimación y aprecio de su afmo. amigo y S. S.

FTb

4

ALVARO OBREGÓN, General en Jefe que fué del Cuerpo de Ejército del Noroeste,

CERTIFICA: que el C. Gumesindo Esquer, portador del presente, fué uno de los soldados voluntarios de Álamos agregados a la Columna Expedicionaria de Sinaloa, a las inmediatas órdenes del General Angel Flores durante la permanencia de dicha Columna en el Estado. -----

El mismo señor Esquer es uno de los cuarenta y cinco voluntarios que, a las órdenes del Mayor Félix Mendoza, asistieron a la defensa de la Ciudad de Álamos cuando en doce de mayo de mil novecientos quince fué atacada aquella plaza por más de novecientos villistas, teniendo que rendirse después de una resistencia desesperada. -----

De dicho combate resultó el señor Esquer con dos heridas: una en la articulación del brazo con el hombro izquierdo, quedando baldado de dicho brazo, y la otra en la falange media del dedo medio de la mano izquierda, que le ocasionó la pérdida del mencionado dedo. -----

Extiendo el presente a solicitud del interesado, en la Ciudad de Nogales, Son., el día diecinueve de noviembre de mil novecientos diez y ocho. -----

CORRESPONDENCIA PARTICULAR  
DEL  
PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO  
DE  
NAVOJOA.

SECRETARIA.

Navojoa Noviembre 22 de 1918.

Señor

General Alvaro Obregón,

Nogales. Son.

Mi apreciable General:-

Hónrome en acusar a Usted recibo de su atenta carta de 18 del mes en curso, agradeciéndole en extremo la molestia que se ha tomado de enviarme el certificado que me permití pedirle, el que también he recibido.

Me dice también que me envía su libro OCHO MIL KILOMETROS EN CAMPANA, por el mismo correo, y le manifiesto que no lo he recibido aún, y si trascurren dos o tres correos más y no viene a mis manos, lo avisaré a Usted oportunamente.

Me dice Usted, mi General, que en el caso de que yo solicite una pensión como inválido, me prestará su apoyo. Mucho agradezco a Usted la protección que me ofrece, y sí la tendré presente para el caso de que me falte ocupación, pues por ahora soy el actual Secretario del Ayuntamiento Constitucional de Navojoa, y aunque el sueldo de que disfruto es bien escaso, me permite vivir con relativa comodidad.

Como yo deseaba trasladarme a Hermosillo con el objeto de atender a la educación de mis hijos, pues soy padre de numerosa familia, solicité de Usted, sin decir para qué, su ayuda pecuniaria, cualquiera cosa que hubiera sido para verificar el cam-

CORRESPONDENCIA PARTICULAR  
DEL  
PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO  
DE  
NAVOJOA.  
SECRETARIA.

bio a que me refiero, y si lo tiene a bien, en calidad de pronto reintegro, he de agradecerle infinito me ayude con lo que buenamente guste para la traslación con mi familia a la Capital del Estado, esto en el caso de que para Usted no sea una molestia ni le implique gravamen alguno.

Aunque conozco a Usted hace ya bastantes años, tengo la seguridad absoluta de que no sabe aún quien soy yo, es decir, que no recuerda Usted de mí, pero como referencias, puedo presentarle las siguientes:-

Felizardo Velderrain.

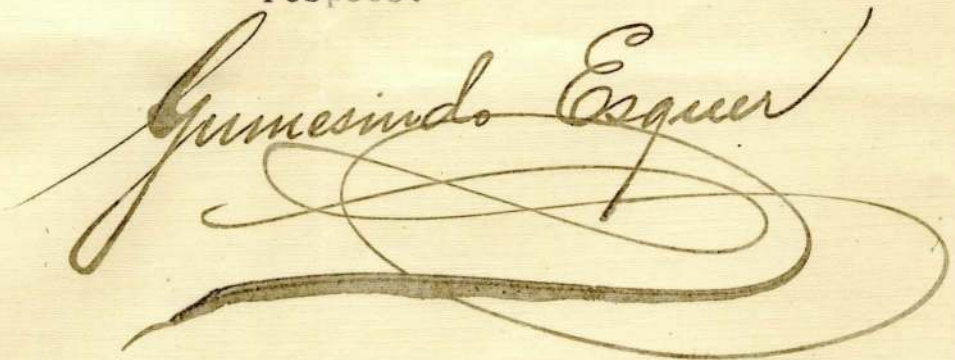
Alejandro Velderrain.

Quintín Rosas.

Baldomero Almada.

Todos ellos me conocen perfectamente y puede Ud. si lo desea, tomar informes de mi conducta y humilde personalidad.

Con su procedimiento, mi General, ha sembrado Usted la gratitud en mi corazón, y, no olvide a Ud. que cualquiera que sea el juicio que de mí se haya formado, le viviré eternamente agradecido, y le *renuevo* las seguridades de mi subordinación y profundo respeto.



Direccion:

Sr. Guemesindo Esquer,  
Of. Presidente Municipal  
- Apartado No. 1 -  
Navojon. Sonora.

27 de noviembre de 1918.

Sr. GUMESINDO ESQUER.  
a/c Presidente Municipal  
N a v o j o a. - Son.

Muy estimado señor:-

En relación a su carta fecha 22 de los corrientes, de cuyo contenido he quedado bien impuesto, le participo que próximamente pienso hacer un viaje a Hermosillo y hablaré con el General Calles acerca de la situación de usted para ver si es posible mejorarla ayudándolo para que pase Ud. a radicarse a esa Capital.

Me repito de Ud. afmo. amigo y S. S.

FTb

8

Navojoa, Diciembre <sup>8</sup>.....de 1918.

Señor General de División

ALVARO OBREGON,

Nogales. Son.

Mi apreciable General:

Tengo el alto honor de dedicar a Usted, así como a los Generales Angel Flores y Plutarco Elías Calles las presentes líneas.

A primera vista, se comprende que su autor está regido con la literatura, pero nunca con la verdad que le sirvió de norma.

Si el laconismo en los escritos es una buena cualidad, ésta será la única que tiene mi pobre trabajo.

Jamás la adulación rastrera y servil me ha servido para captarme amistades. Si hago mención especial en estas líneas de tal o cual personaje, solo cumplo con un acto de justicia.

Me es altamente satisfactorio, mi General, aprovechar esta oportunidad para ofrecer a Usted una vez más las seguridades de mi subordinación y profundo respeto.

*Gumersindo Esquer*



347  
"Voluntarios de Alamos"

&

"12 de Mayo de 1915."

por

Gemesindo Esquer

Navaja Diciembre de 1918.

Los hechos que voy a relatar, tuvieron por teatro la Ciudad de Alamos, Distrito del mismo nombre del Estado de Sonora.

Ciudad querida....! Algunos son los que sostienen que has sido cuna de la traición, pero a esto yo respondo con las imborrables palabras del ameritado General ALVARO OBREGON, de nombre esclarecido y limpio, quien sostiene que en tu suelo siempre se ha rendido culto a la moralidad y al honor.

Imitando a mi General Obregón, diré, como él, que me hago solidario de la verdad de cada uno de los acontecimientos que paso a narrar, tanto por haber sido un testigo presencial de ellos cuanto por haber tomado parte activa en los mismos, como se verá en seguida. Por lo tanto, autorizo ampliamente a cualquiera otro testigo presencial de dichos sucesos, para que me arroje a la cara el más terrible MENTIS si falto en lo más mínimo a la realidad.

Dicho lo anterior, no me detendré en hacer comentarios y consideraciones que a nada conducen, y así entraré de lleno al asunto principal, objeto de estas líneas.

.....  
.....

Durante el mes de Abril del año de 1915, tan fecundo en acontecimientos históricos que tuvieron por teatro casi toda la extensión de la República, los habitantes de la Ciudad de Alamos estaban con el alma en un hilo, como se dice vulgarmente. Era que esperaban que sucesos extraordinarios y sangrientos tuvieran su desarrollo en la población, la que ya había sido teatro de otros hechos de los que no deseo ni recordar.

Tiempo hacía ya que se había formado en la Ciudad, por algunos particulares, una pequeña fuerza que se llamó VOLUNTARIOS DE ALAMOS, cuyo efectivo jamás llegó a cincuenta hombres que, aunque con armas regulares, consistentes en fusiles mausser y rifles Winchester, dichas armas carecían del parque suficiente para sostener serios encuentros con el enemigo que merodeaba muy cerca de la población.

Las fuerzas reaccionarias mandadas por Sosa, Bocanegra, Gaxiola, García y otros Jefes maitorenistas cuyos nombres no conservo en la memoria, tenían por puntos objetivos al parecer, las poblaciones de Alamos

y Navojos; pero en este último lugar, siempre se encontraron los reaccionarios con la infranqueable muralla que siempre les opusiera la Columna Expedicionaria de Sinaloa, a las órdenes del meritado y pundonoroso Jefe, mi General Don Angel Flores, quien secundado por nobles compañeros, valientes hasta la temeridad, siempre condujeron a los soldados a la victoria, manteniendo al enemigo a una respetuosa distancia.

El cariño y la gratitud que profeso a mi General Flores, no harán guardar silencio al hablar de este Jefe, por no ofender su reconocida modestia; pero sepa el General Flores, que sembró en el corazón de cada uno de los que tuvimos la honra de ser sus subordinados, la semilla del más grande sentimiento del deber.

.....

La fuerza denominada VOLUNTARIOS DE ALAMOS, estaba compuesta en su totalidad de vecinos de la población, casi todos jóvenes, amantes en extremo del sexo bello, de la guitarra y ....? por qué no decirlo?... también del "margallate."

Esto contribuía, sin duda alguna, a que los servicios de vigilancia no fueran tan eficaces como eran de desearse.

Cualquier observador hubiera notado a leguas, que la armonía y la más franca cordialidad reinaba entre aquellos soldados, así como también el grande entusiasmo de que se hallaban poseídos.

A voluntad se cambiaban de Jefe, pues tan pronto lo era el Capitán Carlos J. Salazar, como los Señores Enrique M. Rochín, Pedro Vazquez, etc, etc, y se hacían guardias todas las noches. Los rondines nocturnos hasta Uvalama, Tezal, Portezuelo, Mantecón y Crucecita eran de rigurosa ordenanza.

Quien esto escribe, no perteneció a la fuerza denominada VOLUNTARIO DE ALAMOS sino hasta el día once de Mayo, en la tarde, habiéndose agregado de una manera casual, como se verá más adelante.

El día cuatro del citado mes de Mayo, llegó a la Ciudad de Alamos el Teniente Coronel Don Epifanio E. Zamorano, así como el Mayor Félix Mendoza, con 78 soldados auxiliares de la Brigada de Sinaloa, según noticias que pude adquirir. Ambos Jefes, Zamorano y Mendoza, eran amigos míos desde la infancia, y era natural que tan luego como tuve conocimiento de su llegada, me apresurara a visitarlos, como en efecto lo hice.

Después de la bienvenida y cambio de impresiones reglamentarios, tuve la grande satisfacción de estrechar la mano de mi fino amigo, el entonces Capitán, Bernardo Bravo, quien en 1912 había sido mi compañero de trabajo. Ignoro si el Capitán Bravo iría con aquella tropa o si accidentalmente se encontraría en la Ciudad en el desempeño de alguna comisión que le encomendara la Jefatura de Operaciones, hábil y patrióticamente desempeñada por mi General Don Angel Flores, quien había establecido desde tiempo atrás su Cuartel General en Navojoa.

Sabedores tanto Zamorano como Mendoza de mi afición a la mecánica, ( pues tengo pretensiones de saberlo todo sin conocer nada a fondo ) desde luego quedé comisionado por el primero de los citados Jefes para la reparación y compostura de armamento que en buena cantidad llevaban inutilizado.

Definitivamente, desde al siguiente día de la entrevista quedé al servicio de aquellos Jefes, ya en calidad de armero de la tropa, ya como Secretario de ambos, ya de la Comandancia Militar de la Plaza, etc. etc.

El día nueve del mismo mes de Mayo, llegaron a la Ciudad, procedentes de Chinacas y Milpillas del Distrito Arteaga, Estado de Chihuahua, y huyendo del Coronel villista Gabino Durán, mis también amigos, Señores Porfirio A. Armendáriz, Teodoro López, Juan F. Martínez, Jesús J. Caballero y el hoy Capitán Apolonio Lagarda, presentándose todos a Zamorano y ofreciéndoles sus servicios, muy dignos de tomarse en cuenta en aquellas fechas, si se toma en consideración la crítica situación de entonces, en que la espada de Damocles estaba suspendida sobre las cabezas de los leales, con la proximidad de los reaccionarios en número más que respetable.

Siempre he sido entusiasta por todo aquello que huelga a franqueza y sinceridad, así es que mi contento no reconoció límites al hallarme delante de tantos conocidos que abundaban en aquellas cualidades, haciendo una mención especial de Lagarda y Caballero.

Don Jesús J. Caballero es amigo mío desde hace más de veinte años, y dada la intimidad con que nos tratamos, he tenido ocasión de conocerlo muy a fondo, pudiendo decir de él, que es un hombre intransigente con todo lo malo, enemigo irreconciliable de los abusos y arbitrariedades y honrado a carta cabal. Jamás me ha gustado lisonjear a na-

die, pero al propio tiempo, creo que estoy en el deber de hacer justicia a quien la merece. Las personas que juntamente con Caballero habían llegado del Distrito Arteaga, tenían poco más o menos las mismas cualidades. No crea el lector que trato de conquistar amigos por medio de una adulación rastrera y servil contra la cual soy el primero en protestar enérgicamente. Conste pues que solo *desee* cumplir con un acto de muy merecida justicia.

.....

Hay que decir la verdad. Los que como yo, se ocupan de recopilar apuntes para la Historia, la verdad tiene que servirles de norma como una luz meridiana.

Sin que yo sepa la causa, la llegada a la Ciudad de Alamos del Teniente Coronel Epifanio L. Zamorano, no pegó bien a la generalidad. En más de una ocasión oí decir a muchos soldados, palabras iguales o parecidas a las siguientes: "AH, SI NUESTRO JEFE FUERA EL MAYOR FELIX MENDOZA ". Se notaba desde luego el descontento entre algunos soldados, pero atentos al cumplimiento del deber, nunca los vi hacer pública ostentación de su disgusto.

Hay que advertir que el Mayor Félix Mendoza era un inválido. Había resultado herido, según me dijo, en el combate de La Muralla, sostenido con las tropas reaccionarias de Buena. El Mayor Mendoza andaba con dificultad bien marcada, apoyado siempre en dos muletas que le eran indispensables para dar solo unos cuantos pasos.

Aquel hombre, a quien conocí en otros tiempos, sonriente y lleno de vida, estaba en esta vez pálido y extenuado, adivinándose en su mirada una larga cadena de sufrimientos. Pobre Félix. No obstante sus padecimientos tanto físicos como morales, procuraba hacer esfuerzos por aparecer sonriente y contento ante sus soldados y amigos.

.....

Talvez por indicaciones de las personas llegadas recientemente del Distrito Arteaga, y que atrás dejo nombradas, o bien por algunas otras causas que ignore, el Teniente Coronel Zamorano dispuso marchar sobre la Plaza de Chinipas del Estado de Chihuahua, con casi toda su gente, con la idea tal vez, de desalojar de aquella población a los villistas, que, a las órdenes del reaccionario Coronel Don Gabino Durán, habían sentado sus reales en aquella villa de Chihuahua desde hacía tiempo.

Zamorano emprendió su marcha para las estribaciones de la Sierra Madre el día 9 del mismo mes de Mayo, llevándose a la mejor gente de la que había traído de Navojoa, y dejando a los VOLUNTARIOS DE ALAMOS con un pelmo de narices. La salida de Alamos se verificó el día citado, a las cinco de la tarde, tomando el camino de Potrero de Esquer, que conduce a Milpillas, Estado de Chihuahua.

Al siguiente día, pasé a la Comandancia Militar, que había quedado a cargo del Mayor Félix Mendoza, con el fin de entrevistar a mi amigo el Capitán Bernardo Bravo, y con grande sentimiento de mi parte, supe que incorporado a la tropa de Zamorano, había marchado con ellos para la Sierra, yéndose también los jóvenes Ricardo Quintero y Severiano Gámez, así como algunos más cuyos nombres no recuerdo.

.....

Como ya dejo dicho, el Mayor Félix Mendoza, con la salida de Zamorano, quedó como Comandante y Jefe Militar de la Plaza de Alamos.

Zamorano solo *dejo* a Mendoza unos quince soldados, llamados en casi su totalidad, a quienes aquel Jefe había dejado por inútiles.

Se contaba además con los VOLUNTARIOS DE ALAMOS, los que nunca cesaron en sus guardias, rondines y francachelas nocturnas.

El día once del repetido mes de Mayo, siendo las dos de la tarde, y como Secretario que era de la Comandancia Militar, el Mayor Félix Mendoza me ordenó hiciera unos oficios para el General Angel Flores, teniendo que enviarlos por la mañana del día doce a Navojoa, con extraordinario.

Terminado ese trabajo, el mismo Jefe me ordenó la compostura de once fusiles HEMINGTON, de calibre 7 milímetros, pues, según me comunicó con las reservas consiguientes, tenía noticias de que el enemigo se aproximaba a marchas forzadas, habiendo la necesidad de tener todo el armamento listo y bien limpio.

Pedí permiso al Jefe para llevarme aquel armamento descompuesto a mi casa habitación, que estaba cercana, para atender desde luego a las reparaciones, a lo que accedió el Mayor Mendoza.

Casi todos aquellos fusiles, lo que tenían, era que estaban encasquillados, yasea por la mala calidad del metal de los cartuchos que se quemaban y reventaban, o bien, porque, según he oído decir a muchos soldados. la recámara del fusil HEMINGTON es de más cavidad que la del

fusil mausser. sea ello lo que fuere, la reparación me fué en extremo fácil, y el día doce, a la salida del sol, me presenté al Mayor Mendoza con los once fusiles ya bien limpios y listos. Mientras los soldados hacían pruebas con ellos, se me ordenó por mi Jefe que hiciera dos pasaportes para dos personas que necesitaban salir de la población, cosa que hice desde luego.

Esto pasaba como a las seis de la mañana del día doce.

Unos momentos después llegó el Señor Inocente Sifuentes y entró en animada conversación con el Mayor Mendoza.

Los tres allí reunidos, nos divertíamos oyendo cantar a un chamacoco que era una notabilidad para pulsar la guitarra.

Se oía cantar uno de aquellos cantos populares llamados "CORRIDOS" y en él se refería a las hazañas llevadas a cabo por los heroicos Jefes, oficiales y soldados en la defensa de Estación Navojca, militares todos pertenecientes a la Columna Expedicionaria de Sinaloa a las órdenes del General Angel Flores.

Aquel chamacoco, que poco después había de ser herido en el combate de ese día, cantaba estas coplas:

" A Don Angel no inquietaba  
el ataque a La Estación,  
él sabía que contaba  
con el Sexto Batallón. etc. etc."

Había terminado el canto, cuando llegaron allí el Capitán Carlos J. Salazar, de los VOLUNTARIOS, y el hoy Mayor y Diputado al H. Congreso del Estado, José Tirado, tomando parte en la conversación.

No habían trascurrido cinco minutos después de la llegada de estos últimos Señores, cuando también llegó allí un hombre violentamente, y sin pedir ni siquiera permiso al centinela, se metió hasta el lugar donde estábamos reunidos. En aquel hombre pude reconocer a Gerónimo Valenzuela, vecino honrado y trabajador del Mineral de Promontorios, de este Distrito.

La huella del terror estaba bien marcada en su semblante.

Sin pérdida de tiempo, dió parte al Mayor Mendoza de que una avanzada enemiga, en número de veinticinco hombres, se hallaba en La Aurora, a solo dos kilómetros al Oeste de la Ciudad.

Instintivamente me levanté de mi asiento, como impulsado por un resorte. Mi movimiento tal vez lo ocasionó el miedo o ese estremecimiento natural de la carne al solo anuncio de la muerte.

— Está Usted en un error, exclamó el Capitán Salazar. La fuerza

que usted vió, es una avanzada que tengo ahí colocada, y no son veinticinco hombres sino doce.

--- Repito que son veinticinco, señores, decía Valenzuela, y la avanzada a que se refiere usted, se ha retirado a La Esmeralda. El enemigo, en gran número, según acabo de saber, pasó la noche en Minas Nuevas y se dispone a atacar la Plaza.

Dichas estas palabras por Valenzuela, se retiró el Capitán Salazar haciéndolo también Don José Tirado a tomar reunión o dar providencias de juntar violentamente a los VOLUNTARIOS DE ALAMOS y aprestarse a la Defensa de la Ciudad. Valenzuela también se retiró, ignoro para donde.

El Mayor Mendoza me hizo formar a sus quince chasacos con que lo dejó Zamorano, y después de haberlo montado en su caballo, nos hizo ~~hacer~~ escoltarlo hasta el Cuartel de la Loma Guadalupe, punto de concentración para todos.

Una vez allí, pude notar que los soldados voluntarios subían la loma violentamente y tomaban posiciones en los fortines y alrededores del Cuartel.

El Alcalde, el Jefe de la Guardia de Seguridad y tres soldados de esta fuerza, habían desaparecido como por obra de encantamiento.

? Para que negarlo ? Yo me había apropiado del mejor mausser del armamento de la Comandancia Militar. Dos cananas bien repletas de cartuchos formaban mi dotación y me creía invencible con aquella bagatela.

Los soldados Enrique Hermosillo, Teófilo Márquez y el que esto escribo, nos apoderamos de una ~~casaca~~ "lobera" situada a espaldas de los depósitos que surten de agua la población y desde allí hacíamos fuego por todos rumbos.

Serían las nueve de la mañana cuando el enemigo generalizó el fuego en todas direcciones, pues ya estábamos perfectamente rodeados y sin salida.

Por más de hora y media, todos los VOLUNTARIOS DE ALAMOS estuvimos haciendo magníficos ejercicios de "tiro al blanco." Los efectos de nuestros proyectiles nos indicaban los destrozos causados al enemigo.

Los cerros de El Penasco, El Tenate, Sabina, Crucecitas, El fustero y Toma de Agua, eminencias que circundian la Ciudad por todos rumbos, estaban cubiertos por el enemigo, que en número de novecientos hombres bien armados atacaba la plaza, y hacía un fuego nutridísimo sobre el Cuartel de la Loma Guadalupe, único reducto de los cincuenta defensores que allí



habíamos. Era pues segura nuestra derrota, pero había la necesidad de luchar hasta morir, habiendo todos y cada uno de nosotros tomado esta determinación antes de caer en las garras de un enemigo cruel y salvaje, como lo demostró después con sus hechos dignos de cafres.

Aquella situación era pues insostenible.

Habían trascurrido ya más de dos horas de un fuego vivísimo por ambas partes, cuando mis compañeros Márquez y Hermosillo abandonaron repentinamente la "lobera" donde estábamos y se replegaron al Cuartel.

Llegaron a él ~~sanos~~ con bien por ~~un~~ un verdadero milagro.

Viéndome ya solo, no tuve más recurso que emprenderla en la misma dirección.

Al llegar al enverjado del Cuartel, sentí algo parecido a una pedrada en la articulación del hombro izquierdo.

Hice poco aprecio de aquello y seguí mi rápida marcha hasta tomar posición en una de las banquetas del Cuartel, en donde acababa de ser herido gravemente el soldado Francisco Murillo.

Hasta ese momento pude notar que yo también estaba herido, y que la hemorragia era abundante.

Por la primera vez en mi vida, cumplía como bueno y regaba con mi sangre el campo del combate, en franca lucha contra los enemigos de la legalidad.

Una bala de calibre 30 ARMY me había tocado en el hombro, junto a la articulación, yendo a alojarse el proyectil sobre la clavícula del mismo lado, de donde me fué extraída al siguiente día por el Doctor Ramón López.

Arrastrándome, llegué como pude a una pieza que está en la esquina Poniente del Cuartel, con el inseparable mausser, con intención de dárselo al primer compañero que divisara, puesto que ya yo me encontraba fuera de combate, pero no hubo lugar de entregarlo a compañero alguno, como se verá más adelante.

Como estaba herido y encerrado en aquel departamento, no pude darme cuenta de lo que mis compañeros hacían dentro del recinto donde estaban, pero sí pude notar que haciendo un fuego vivísimo, mantenían al enemigo a una prudente distancia.

No sé quien de mis compañeros tuvo la ocurrencia de dar un balazo en la frente al Teniente Coronel reaccionario, Guadalupe Durán, quien tapó con su cuerpo una pequeña zanja que se hallaba cerca de los depó-

sitos que surten de agua la población, por el lado Este, lugar donde aquel Jefe reaccionario dejó los sesos.

Por tres veces llegaron los reaccionarios hasta solo unos cien metros del Cuartel, y también por tres veces fueron arrollados por la tempestad de balas que desde los fortines les enviaban los VOLUNTARIOS quienes seguían imperturbables por la senda del deber. Parecía que una mano invisible había escrito en el corazón de cada uno de ellos esta gloriosa orden de aquel día terrible: " LUCHAR HASTA MORIR. "

Y morir en defensa de la causa del orden, en defensa de la sociedad, en defensa de la ley ultrajada, equivale a labrarse una corona de laurel. Así lo comprendió sin duda alguna cada uno de aquellos hombres que luchaban con un valor desesperado.

El Teniente Coronel villista Guadalupe Durán había jurado exterminar a aquellos valientes defensores, pero no tuvo la satisfacción de ver realizadas sus negras intenciones.

Me dicho que una bala certera le arrebató la vida.

En lo más regido del combate, pude ver desde mi escondite, que Pedro Vázquez, carabina en mano, salió del fortín y dirigiéndose ~~hacia~~ a las orillas de una banqueta del mismo Cuartel, desafiaba en alta voz a los reaccionarios que se hallaban a cincuenta metros de él.

Vázquez hacía fuego a pecho descubierto, importándole un comino a aquella lluvia de proyectiles.

No tardó en ofrecer su vida en aras del deber. Una bala enemiga, penetrándole en la sien izquierda le destrozó la cabeza.

El Licenciado Avila, poseído igualmente de un valor temerario, hacía fuego sobre el enemigo más cercano. Vi también cuando recibió una herida de bala en la región pectoral, yendo a salir el proyectil por el omóplato derecho. Su muerte fue, al igual que la de Vázquez, instantánea. El Lic. Avila quedó en actitud de tirar, y todavía recuerdo bien que el enemigo, al tomar posesión del Cuartel, creyéndolo vivo, disparó dos tiros más sobre aquel cadáver.

El Sargento Paulino de León, también yacía sobre el campo del combate, y su cadáver, con una horrible herida en las sienas, se veía en la esquina Este del embanquetado del Cuartel.

Cosa rara. Recuerdo perfectamente que nosotros no teníamos armas sistema MARLIN, pues solo se nos había dado Mausser y carabinas Winches.

ter, y sin embargo, después de la rendición por falta absoluta de parque, muchos de los VOLUNTARIOS ostentaban rifles MARLIN.

¿ Cómo es que se había operado aquel milagro ?

La contestación es bien fácil. Las tropas maitorenistas, en número considerable, llegaron hasta los mismos fortines donde se guarecían los VOLUNTARIOS y muchas veces llegaron hasta meter las trompetillas de sus rifles por las aspilleras, para hacer fuego a los de dentro. Estos cogían las armas y las jalaban para el interior hasta arrancarlas de las manos del enemigo y viceversa. Hubo cambio de armas.

Lo que más llamó mi atención fué el arrojo y la serenidad del Señor Enrique M. Rochín, quien desde el patio exterior del Cuartel y pecho en tierra, hacía fuego nutrido en todas direcciones por donde el enemigo se presentaba.

Durante más de media hora estuvo el Señor Rochín haciendo fuego en aquella posición tan incómoda, y no obstante la verdadera lluvia de proyectiles que en todas direcciones se cruzaban, las balas respetaron su cuerpo.

Hubo un momento en que creí que Enrique estaba herido.

Fué cuando una bala enemiga, pasando por entre sus ropas a lo largo del cuerpo, le ocasionó una ligera contusión en el lado derecho. Vi que Rochín se tentaba con frecuencia aquella parte, como indicando que le causaba mucho dolor. Por fortuna no sucedió así y solo recibió la impresión consiguiente.

— Fuego, fuego, muchachos, gritaba Enrique, las balas de estos canallas no hieren a los leales, duro con ellos.

Enrique se había propuesto ser el héroe de aquella jornada, sin tomar en cuenta que cada uno de los demás abrigaba en su interior las mismas intenciones.

Una multitud de frases " cariñosas y expresivas " nos dirigíamos los de ambos bandos al distinguírnos, pero tales frases no puedo hacerlas constar en estas líneas.

Como a la una de la tarde de ese día terrible, llegó hasta el departamento donde yo me encontraba herido, el soldado Pánfilo Gaona, aquel hombre llegó arrastrándose, con un mazo destrozado por un proyectil. Gaona era el jardinero que cuidaba del ornato de la Plaza de Armas, y se había presentado voluntariamente a tomar parte en la defensa de la Ciudad. Dos días después falleció en el Hospital Civil

en medio de atroces sufrimientos.

.....

Aquello era un delirio.

Las aspilleras de los fortines situados al Oriente y Poniente del Cuartel, que eran tan estrechas dando solo cábida a la boca de un fusil, habían quedado convertidas para las dos de la tarde del 12 de Mayo, en enormes boquetes por donde salía y entraba una tempestad de balas.

Las fuerzas del enemigo, con un valor digno de mejor causa, llevaron infinitas veces su arrojó hasta pegarse por completo a los fortines, de donde eran diezmadas por los defensores de la plaza.

Así fue como en los alrededores del cuartel quedó el campo sembrado de cadáveres del enemigo.

.....

Lo que voy a narrar en seguida, me consta de oídas, pero me constituyo igualmente en responsable de su veracidad por habérmelo comunicado testigos presenciales dignos de entero crédito.

Voy a referirme a lo que pasaba dentro del Cuartel y en los fortines, a donde jamás pudo llegar el que esto escribe.

El Mayor Félix Mendoza, dando ejemplos de serenidad y de un valor a toda prueba, excitaba a los soldados a la defensa. Aquellas órdenes resultaban inútiles, pues cada quien de los allí presentes había jurado cumplir con su deber.

En lo más encarnizado de la pelea, una bala enemiga, penetrando por una aspillera o tronera, hirió al Capitán Carlos Salazar en la parte superior de la región abdominal, saliéndole el proyectil por la espalda, y ocasionándole tres perforaciones intestinales según dictámen médico.

El Capitán Salazar estaba pues, herido de muerte, y expiró dos días después.

Después de cuatro horas de combate, en que el fuego fué vivísimo por ambas partes, el que hacían los VOLUNTARIOS iba debilitándose poco a poco. Era que el parque estaba agotándose aceleradamente, con grande disgusto de los VOLUNTARIOS, que se defendieron hasta quemar el último cartucho, resueltos a vender caras sus vidas.

El combate pues, cesó por falta absoluta de parque mas nunca por una rendición vergonzosa de aquellos heroicos defensores.

Algunos soldados quebraron e inutilizaron sus armas para que no

cayeran en poder del enemigo.

A las cuatro y media de la tarde, el fuego había cesado por completo, y una fuerza maytorenista compuesta de más de quinientos hombres rodeó ~~por completo~~ aquel reducto a fin de que ninguno de sus defensores pudiera escapar.

En aquellos momentos, yo no daba cinco centavos por mi vida.

Quince o veinte soldados enemigos penetraron al departamento donde me encontraba herido con Geona, y un oficial indio me tendió el muelle disparando sobre mí, pero al efectuarse el disparo, otro sargento indio también, desvió el arma, dando el proyectil en la pared cercana y llenándome la cara de tierra. De nuevo aquel indio efectuó dos disparos más queriendo asesinarme, pero el sargento indio a que me refiero por dos veces más también me salvó la vida.

Sobre Geona no dispararon por creerlo ya un cadáver. Se había desmayado debido a la hemorragia.

El Mayor Félix Mendoza se creyó perdido al agotarse el parque, y aconsejando a los presentes que se rindieran, sin que nadie lo pudiera evitar, sacó su pistola y se privó de la vida. ¡Pobre Félix!

Su asistente, viendo muerto a su Jefe, recojió la pistola e imitó su ejemplo, disparándose en la sien.

.....

Herido y prisionero del enemigo, fui arrastrado por éste al exterior del departamento donde me hallaba, y ya fuera hube de darme cuenta de la situación tan terrible del momento.

El enemigo había penetrado ya al interior del Cuartel y desarmado a los VOLUNTARIOS que quedaron con vida, así como también a unos cuantos soldados del Mayor Mendoza.

Todos aquellos soldados fueron sacados y formados frente a la puerta del Cuartel. Antes de salir del interior, el enemigo había asesinado villanamente al Señor Severiano Gámez y al joven Rosario Barriga, soldado voluntario también, quien ya estaba herido.

Cuarenta y dos prisioneros, incluso diecisiete heridos, forman frente al cuartel, perfectamente rodeados de tropas reaccionarias a las órdenes de jefes cuyos nombres no me ocuparé de mencionar.

A la vista de todos, yacían los cadáveres del Lic. Antonio G. Avil

del Jefe de voluntarios, Pedro Vázquez, del Señor Severiano J. Gámez, del Sargento Primero Paulino de León, del Cabo Uvaldo Amador, de Rosario Barriga, del Mayor Félix Mendoza y el de su asistente, y el de otro soldado más cuyo nombre no recuerdo.

Diecisiete éranos los heridos allí formados, conservando en la memoria los nombres de Francisco J. Rivas, Manuel Tirado, José Ruiz, (hoy Capitán) Ernesto Salazar, Capitán Carlos J. Salazar, Miguel Gutiérrez, Angel Ibarra, Francisco Murillo, el corneta Juan Ramírez, Ricardo Coronado, Miguel Valenzuela, Pánfilo Gaona, el que esto escribe y cinco soldados más, sintiendo no recordar de sus nombres para hacerlos constar en estas líneas.

El enemigo tuvo treinta y ocho heridos, según pude ver en el Hospital de sangre que se improvisó en la Quinta Victoria, propiedad del Sr. Ignacio Lorenzo Almada, lugar a donde todos fuimos conducidos (heridos y no heridos) en medio de doble fila de soldados reaccionarios.

Además, el enemigo perdió mas de ochenta hombres que dejó tendidos en los alrededores del Cuartel y en distintos lugares de la Ciudad

Entretanto, el resto del enemigo se ocupaba de saquear la Ciudad a sus anchas, y de sus hazañas dan cuenta detallada muchas casas comerciales. El monte de Piedad de San Miguel no escapó a la rapiña y los archivos de las Oficinas Públicas fueron destruidos casi en su totalidad y el decorado del Teatro Municipal fue arrancado a tirones para ser convertido en sudaderos para la caballada.

Aquello era verdaderamente espantoso, y los jefes de aquellas hordas consentían con su indiferencia o bien se declararon incompetentes para contener con su autoridad aquellos actos de salvajismo.

.....  
De poco tiempo a esta parte, siempre he sido yo la primera víctima del miedo.

En la Quinta Victoria, nos encontrábamos en un departamento diecisiete heridos de los defensores de la Plaza; y en otro había treinta y ocho heridos también del enemigo.

El cuadro que presentábamos no es para describirse. Todos estábamos sucios, llenos de tierra y desangrándonos, con las caras tiznadas y pálidas por el agotamiento.

No sé si aquel cuadro que ofrecíamos, sería el colmo del ridículo

o de lo sublime. Opino que participaba de ambas cosas.

Pero ninguno se quejaba, y hacíamos comentarios sobre nuestra defensa a la Ciudad.

Los soldados nuestros que no habían resultado heridos en el combate se hallaban en otro departamento, y según oí decir, al día siguiente serían conducidos a Hermosillo para ser internados en la Penitenciaría de aquella Capital, mientras los llamados altos jefes, disponían lo que con ellos debía de hacerse.

No mencionaré sus nombres por ser bien conocidos de todos

.....

He dicho que siempre he sido la primera víctima del miedo y voy a demostrarlo.

Serían las seis de la tarde del mismo día doce, cuando llegaron al departamento donde estábamos los "güillos" ( así llamaban los reaccionarios a los soldados constitucionalistas ) un cabo cuyo tipo me pareció del interior y seis soldados reaccionarios.

\_\_\_ Gumesindo Esquer, gritó en voz alta.

\_\_\_ Presente, contesté, tratando de incorporarme.

\_\_\_ Me va a acompañar Usted.

\_\_\_ A sus órdenes, dije entonces, y traté de recoger el cobertor y sábana con que me encontraba envuelto.

\_\_\_ Deje Usted esas prendas, me dijo el Cabo, que ya no las necesitará Usted.

Al oír tal cosa, y ver aquellos hombres en actitud amenazadora para mí, desde luego supuse que iba a ser pasado por las armas.

\_\_\_ Van a principiar conmigo, me dije.

Y abandonando el departamento, se me colocó entre seis soldados y con el Cabo a la cabeza nos alejamos de la Quinta Victoria tomando el rumbo del Panteón.

\_\_\_ Mal rumbo, dije para sí, en tanto que una horrible sensación de miedo, de la que ahora me avergüenzo, invadía todo mi ser.

Ya en el Callejón del Puente, el Cabo dobló esquina y tomamos rumbo al Hospital. El alma me volvió al cuerpo.

Apenas llegados allí, fui internado en uno de los salones que estaba ocupado con heridos también del enemigo, y de los cuales no nos dimos cuenta. Solo yo era el único herido "güillo" que había en el Hospital a donde se me trasladó. Se me dejó allí bajo la inmediata vigilancia de dos

soldados, los que se relevaron hasta media noche, hora en que desaparecieron para ya no volver más.

Yo ignoraba que mi primo, el Doctor Ramón López, había conseguido con uno de los jefes que se me trasladara al Hospital de Jesús, pues había la necesidad de extraerme una bala que tenía alojada sobre la clavícula derecha, operación que con todo cuidado practicó al día siguiente por la mañana.

La ignorancia de lo anterior y las condiciones con que se me sacó de la Quinta Victoria me ocasionaron el susto consiguiente.

Raya en salvajismo el comportamiento de los jefes enemigos, al no permitir que el Capitán Carlos J. Salazar, quien había resultado gravemente herido, como dejo dicho, fuera llevado en camilla a su prisión.

Fue conducido a pié, en medio de nosotros, en un trayecto de más de cuatrocientos metros que es poco más o menos la distancia que separa el Cuartel de la Quinta Victoria.

Al día siguiente, y ya moribundo, fue llevado el Capitán Salazar a su casa, resultando ineficaces los grandes cuidados y atenciones de mi primo el Doctor Ramón López, por salvarlo de las garras de la muerte.

El Capitán Salazar murió en medio de atroces sufrimientos ocasionados por la herida horrible y dolorosa que presentaba.

.....  
.....

Los soldados indios, siguiendo una costumbre salvaje, no cesaron, ya después de tomada la plaza, de hacer nutridas descargas por las calles de la Ciudad, con el propósito tal vez de atemorizar al vecindario y cometer sus punibles hazañas a la faz de todos.

Los VOLUNTARIOS DE ALAMOS que no habían resultado heridos en la refriega del 12, en número de 37 más o menos, fueron conducidos a la Capital del Estado, permaneciendo presos en la Penitenciaría seis meses, hasta que fué tomada aquella Ciudad por las tropas constitucionalistas, siendo libertados por los Jefes de dichas fuerzas.

La salida de Alamos de esos prisioneros, se verificó el día 14 de Mayo, por la tarde, y hasta ese día pude saber en el Hospital, que mi buen amigo, Saturnino Almada, que el día 12 se hallaba en Alamos, intentó por tres veces acudir al lugar del combate y prestar su auxilio, y llegó hasta el pié de la loma Guadalupe donde está situado el Cuartel, lo que



muy bien pudo costarle la vida, pues verdaderamente se necesita poseer un valor temerario para acometer tales empresas, en momentos en que un enemigo muy superior se había apoderado de todos los cerros de la población, desde donde enviaban verdaderas tempestades de proyectiles que se cruzaban en todas direcciones, siendo un acto temerario el de Alameda el intentar subir la loma del Cuartel y presentar con ese solo hecho un magnífico blanco al enemigo. No consiguió su intento.

Tal es la verdad de los acontecimientos y tal fue el fin que tuvo la fuerza auxiliar agregada a la Columna Expedicionaria de Sinaloa, que llevó el nombre de VOLUNTARIOS DE ALAMOS, a la que tuve la honra de pertenecer en sus últimos dos días de existencia, sin poder ocurrir al auxilio del General Angel Flores, Jefe prestigiado y digno de especial mención, quien constantemente se vió asediado por multitud de soldados reaccionarios que tanto abundaron en esta región de Sonora.

.....

Supe poco después, que el Teniente Coronel Epifanio E. Zamorano, que nos había abandonado en Alamos, fracasó en sus proyectos de tomar la Villa de Chinipas del Distrito Arteaga, Chihuahua, que a la sazón estaba en poder de tropas villistas, presentándose en seguida en Najuca con los restos de su tropa al General Flores.

.....

*Germán Esquer*

